



En la vía. Fotografía de Lucila Gutiérrez Santana.

Cuento

Insectos formidables

Luis G. Amézquita
Artista multidisciplinario

Había dos insectos en el lugar. Uno detrás de la barra, el otro bebiendo un whisky con agua sobre un banco tambaleante. Me senté a dos lugares del tipo de las alas tornasoladas. Pedí una cerveza y un cenicero. Tenía ya un par de años sin comprar una cajetilla de cigarros. Hoy era una ocasión especial.

El primer sorbo frío fue casi perfecto. El amargo paso de la cerveza por mi garganta forcejeó con el ligero ardor de su burbujeante presencia. Inhalé profundamente, y me di cuenta de que hacía muchos días no tenía un mínimo rato para eso: dejarse remar por la corriente.

El otoño bar estaba inflado con humo de cigarro; en su melancólico paseo resonaba una canción de The Beatles: Eleonor Rigby estaba sentada entre nosotros. A los dos minutos con seis segundos se fue de ahí. No pagó la cuenta, pero a los tres nos dejó particularmente aletargados y de buen humor.

La música no dio más. Mi desconocido acompañante se levantó hacia la sinfonola, al tiempo que pedía un nuevo vaso de whisky con su acento peculiar. El cantinero sonrió cómplice a su petición y farfulló "A cane muto et aqua silente..."

—...Cave tibi —terminé la frase.

Apuntó su mirada hacia mí con un casi imperceptible tono de rabia. No dijo nada. Sirvió el vaso sudoroso de whisky al Sr. Tornasol. Nuevamente había música: Led Zepellin: *Physical graffiti*.

—Una más, por favor—. ¿Por qué nunca le resulto agradable a los cantineros?

—¿Igual?

—Sí, clara.



Retiró secamente mi botella. Puso en el acto el escarchado y relleno sustituto. Esta vez la cerveza no pasó tan elegantemente: como la bebí con un poco más de ansiedad, se me hizo un nudo punzante y espumoso en el cogote. El dolor pasó hasta el pecho. Nadie se percató.

“Me encanta *House of the holy* ... bla bla bla”, iniciaron una charla moderadamente excitante (para ellos) sobre los *riffs*, las mujeres, el *blues* que nunca fue asaltado por la banda, etcétera.

Pedí la tercera.

-O-

Siempre me pone paranoico el tabaco. Apagué el primer cigarro a la mitad. No lo aplasté, lo fumaría más tarde.

Empecé mi sexta cerveza cuando el aire himno del bar era *Stick Again*. Ya estaba mareado, supongo que porque no hacía más que esgrimir con la vista los vértices de la barra, el anaquel de licores, las fotos de coños y colas en el refrigerador, la barba densa del gran avispon que nos servía. Recordé (por algún extraño motivo) la noche, la última noche que pasé con Elsa. Esa ocasión había usado su vestido azul y sus bragas diminutas. En el casi vacío autobús que nos llevaba a Yilcaya, abrí sus piernas, deslicé a un lado la tela azul de su vulva y la comí. Ella respondió echándome contra el sillón, sacándome punzantemente de mí. Me lamía, succionaba, besaba como loba herida. Luego se posó en mis piernas y la horadé deliciosamente. A los pocos minutos de su gimnasia moralmente cuestionable, entramos a Silahué. Desde nuestra ventanilla abierta podíamos ver a la madre cuarentona con su hijo de 10 años de la mano. Gemía en mi rostro como la bruma gime en una mañana fresca en el delta de Tigre. Sus dientes se ensañaban con mi cuell...

—¿Algo más?

—Mmm, ¿qué?

—¿Otra cerveza? —preguntó el avispon con un gesto más inhóspito aún.

—Sí, dale —la octava.

Hijo de puta. No se interrumpe así. Habrase visto semejante patada en los huevos para la raquílica memoria que me acompaña. Me encabroné. Tomé la botella antes de que la posara sobre la barra y la llevé, sin duda, a la boca. El mareo había pasado. El mosco tornasolado cabeceaba mientras su bastona mano derecha le sostenía la barbilla.

Eran las 10 de la noche. Fuerte y chillón viento. La calle (que se podía divisar por entre las puertas bailarinas del bar) era un cementerio de luces. La escena estaba para deprimir a cualquiera, y yo estaba eufórico. Tomé un par de monedas platinadas del bolsillo interior de mi saco y me acerqué a la máquina garchasilencios.

Introduje ambas y estimulé una y otra vez al gordo aparato. Era una cerda sexosa parada detrás de nosotros, y yo la estaba tocando.

Después de empujar y empujar sus canciones, la decisión estaba frente mí, en su pantalla. Era tiempo de mi venganza.

Aclaré mi garganta ruidosamente, le di la espalda a mi gorda compañera y simulé ser un importante y pedante director de orquesta. Afiné mi batuta y comencé la *Sinfonía No. 29 en la* de Mozart. Era maravilloso.

¿Sabes lo que es que una sinfonía llena de cromatismos e hinchada de galantería clásica suene a los tantos minutos antes de las 11:00 de la noche en un bar con tres peregrinos insectos machos: uno de ellos casi dormido, el otro odiando al director improvisado y el último muy borracho? Era espléndido.

El avispon no ocultó su desprecio por mi *sutilmente malévola* idea de musicalizarnos con una sinfonía de Zalsburgo; menos aún, por el hecho de que fingiera ser un *virtuosillo* cucarachón. Lo miré fijamente y le dije, sin palabras audibles: “¿Viste, hijo de puta, por interrumpirme en el caliente recuerdo de Elsa? Ahora te aguantas, te chingas”.

Seguí un rato más bailando los brazos y las manos al ritmo del vienés. El cantinero se había puesto a limpiar la barra, pero de vez en vez me dedicaba un molesto reojo. El Sr. Tornasol despertó cuando el trapo pasó cerca de sus brazos cruzados, sosteniendo una cabeza de ojos saltones y poligonales.

—¿Qué joraca escucháh, loco? Dale, dejate de joder. Poné otra cosa, guacho —me dijo un poco modorro.

—No. Lo siento, no es por ti. Esto no es por ti.

—Andate al carajo, pues. Yo pondré algo más.

Caminó hacia mí decidido pero tambaleante. Se detuvo frente a mi cara horrorosa y me hizo a un lado con su hombro. Su errático andar le imprimió más fuerza a su provocación.

—Eh, no lo quites. Yo puse eso —me le interpuso.

—No me rompás las pelotas... correte. ¡Dale, que te corras!

No lo hice. Estaba seguro de que, aunque sólo quería joder pícaramente al avispon, la ocasión ya rebasaba la travesura. Era una determinación de vida: no dejaría que nadie intentara hacerme a un



lado —metafórica o no tan metafóricamente—. No me iba a tocar más que ser un verdadero hijo de puta.

Al ver mi seriedad al respecto, el tornasolado mosco no titubeó, al contrario, enderezó el paso y la espina. Sus ojos poligonales me retaban a no sé qué. Yo respondí el reto de la misma manera. Eso duraría mucho menos de un minuto. Mientras, el avispón nos miraba con atención, tal vez preparándose para arrancar la flor violenta de su bar.

Nuestro duelo de ojos rastreros/carroñeros terminó sosamente. Mozart seguía y seguía escribiendo sobre el humeante aire del lugar. De súbito, Sr. Tornasol se agachó a un lado de mí y desconectó a la obesa musical.

—No, no, no —musité como regañándolo.

—¿No qué? Andate a tu casa antes de que te cague a piñas, pelotudo.

—...

-o-

De nuevo él en la barra, bebiendo whisky con hielos. Yo, en el mismo lugar que tuve desde el principio. Los tres en silencio.

—Dame dos cervezas.

—¿Dos?

—Sí, me oíste bien —dije impaciente—. Quiero las dos juntas. Mira, pago todo desde ahora, pero dámelas.

El Sr. Mosco Tornasol volteó y me quiso opacar con su sonrisa condescendiente y patética de me-debes-la-vida. Le dio un sorbo a su vaso sudoroso.

—\$250.

—Justos, mira —y los billetes pasaron de mano—. Ahora déjame tomármelas tranquilo.

El cantinero siguió en lo suyo, ignorándome, juzgándome como se juzga a un borracho cualquiera. No había música ni murmullo de dos insectos ni mi gorda puta musical encendida.

Un trago largo a la cerveza clara. Luego otro menos prolongado. Un eructo contenido por el dorso de la mano.

Tornasolado pide algo para picar. El avispón nos da a cada uno un plato rebosante de frituras. Sr. Mosco sumerge su mano en la piscina salada y rescata un puño grande y grasoso. Yo introduzco mis dedos y unas cuantas piezas llegan a mi boca.

Sólo escucho mi rumiar de dientes de cucaracha al planear el *Coup de grâce* para la escena. Esto no se puede quedar así. No reculé hace rato, postergué.

Bebo de la segunda botella. La otra está vacía, pero no se va de mi mano.

Bebo una botella siniestramente y la otra empuñada por mi derecha.

El avispon cantinero se alerta de que estoy piloteando un navío invisible, amenazador. Se acerca por la botella y me la pide. Se la doy: el culo de vidrio va directo al tabique de su nariz. Explota en múltiples esquirlas de bar.

El Sr. Mosco Tornasol gira rápidamente asustado. Corro desfachatamente hacia él, estampo la botella medio llena (¿o medio vacía?) en su pómulo izquierdo. No revienta a la primera, por lo que debo dar un golpe más. Esquirlas de bar de nuevo.

Cae pesada y sanguinolentamente del banco destartalado. Cojo el vaso de whisky que se estaba a punto de terminar y lo metrallo contra su frente.

Coup de grâce.

Me dirijo hacia las puertas del bar. Doy media vuelta, los veo ocultándose detrás el trapo de la barra... revolcándose lentamente y gimiendo sobre el piso.

Antes de salir les digo —casi paternalmente:

— *A cane muto et aqua silente cave tibi.*

Cierro las puertas. Prendo un cigarro y camino paranoico entre las flores del cementerio de luces.

Luis G. Amézquita

Correo electrónico: luis.g.amezquita@gmail.com

Mexicano. Maestro en artes y artista visual. Becario del FONCA 2016-2017. Se formó como fotógrafo en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Buenos Aires. Varios de sus poemas, fotografías, cuentos y ensayos han sido publicados y reseñados en diversas revistas latinoamericanas. Ha impartido cursos y talleres de filosofía y arte en México y Argentina. Actualmente reside entre Querétaro y Guanajuato.



Coloso (enero, 2017). Fotografía de Lucila Gutiérrez Santana.